

MEMORIAS DE BORGES (ARTIFICIOS DE LA HISTORIA)



Saúl Sosnowski

En junio de 1999, en Buenos Aires, celebramos con el Fondo Nacional de las Artes un encuentro de escritores latinoamericanos bajo la rúbrica “Borges y yo”. Narradores y poetas de tres generaciones diferentes, y muchas más coloraciones ideológicas y ejercicios de vida, hablaron desde su ‘yo’ sobre Borges: texto y figura. Entre las diversas y matizadas conclusiones que se pueden derivar de las voces de esos 50 escritores, se halla que la pasión por su obra seguirá marcando huellas en toda práctica literaria, como lo hizo para ellos y para tantos otros; que ser impasible ante Borges no es una opción, aunque sí lo es ignorarlo; que son tantos sus registros que la escasa coincidencia en lo citado nos revela, tal como él mismo lo vaticinara hace varias décadas, que cada uno de nosotros ha logrado construir su propio “Borges”. El diálogo se entabló desde los textos, con numerosas evocaciones al filo de su humor y a la provocación intelectual. Fueron escasas las alusiones a la historia, si bien no se omitió la referencia a los años de plomo y al reconocimiento que Borges hiciera de esa época.¹ Los múltiples énfasis, sin embargo, estuvieron puestos en la dimensión imaginaria.

¹ Ante la fácil condena por las primeras declaraciones de Borges sobre Videla, la condecoración que aceptara de Pinochet y opiniones que seguramente compartían el deseo

Quizá porque se trataba de celebrar el centenario de su nacimiento; quizá también porque los años han mitigado las pasiones; porque es mayor la comprensión de sus propuestas, y por el propio devenir de toda jornada, la historia no protagonizó una reflexión de fondo. Los tiempos del Borges de luz y de sombra –algunos de cuyos mejores ejemplos fueron recogidos en *AntiBorges*– han sido desplazados por otros intereses. El relevamiento de la crítica sobre su obra demuestra –quizá por lo que se entendió como falta de compromiso político– que la relación de Borges con la historia no ha merecido la atención que han ocupado los motivos más populares y definitorios de su obra: desde espejos, laberintos, tigres y tiempos circulares a la no menos sutil utilización de la fantasía, la teología y la violencia.

Hemos sido relativamente pocos quienes nos hemos ocupado de las relaciones literarias de Borges con la historia.² Las razones de esta discrepancia pertenecen más a la historia de la crítica que a Borges, pero también apuntan a cambios en los estatutos de la literatura y a su ideologización en los espacios académicos. Más aún, creo, responden al hecho nada trivial, de que la especificidad histórica, la suma de escenarios precisos y figuras verificables en crónicas que obedecen a otro régimen narrativo, fueron considerados predio del realismo ante el cual Borges se mantuvo distante y con el cual polemizó durante varias décadas por la filiación realismo-nacionalismo. Si la utilización de la historia era vista como propia de los escritores comprometidos –

de escandalizar, conviene recordar que firmó una solicitada de las Madres de Playa de Mayo y condenó a la dictadura, como también lo hiciera frente a la guerras de las Malvinas en su poema “Juan López y John Ward”. En una nota del 28 de octubre de 1993, Juan Gelman recuerda la opinión de Borges al morir Julio Cortázar, publicada en *Clarín*. Borges “se declaraba honrado de haber publicado el primer texto de Cortázar que vio la luz –‘Casa tomada’– y [que] en un breve párrafo final [aplicable al propio Borges] aludía al contexto: ‘Julio Cortázar ha sido condenado, o aprobado, por sus opiniones políticas. Fuera de la ética, entiendo que las opiniones de un hombre suelen ser superficiales y efímeras’. Así responde [concluye Gelman] la grandeza a la mezquindad, y a la cobardía, el valor verdadero”. Publicada originalmente en *Página/12*, “Borges o el valor”, está incluida en Laffogues 333-36.

² Entre ellos: Pimentel Pinto, Balderston, Louis. En mi ya lejano “‘Tlön, Uqbar, Orbis Tertius’: Historia y desplazamientos” (156-64) señalo el posible futuro que Borges vislumbrara a comienzos de 1940 ante el entonces posible triunfo del nazismo. Ver también el análisis de Borges y de los autores de *Sur* en el informe de Sosnowski, Senkman y Degiovanni.

categoría fluctuante que se vuelve más dramática en épocas de guerra, así como en instancias de tregua internacional pero que incluyen opresiones internas (otro modo de decir: en todo momento)-, la inscripción de Borges en el ala de la literatura fantástica o “irreal” cegaba al lector deseoso de casilleros.

Una relectura de Borges, aun sin los títulos que censurara y omitiera de su versión personal de *Obras completas*,³ demuestra que jamás fue ajeno a la injerencia de la historia ni a la inscripción puntual de todos sus presentes en ella. El cariz literario al que la sometió exigía pensar en cómo incorporarla a un sistema que pudiera dar cuenta de su parcialidad en un lenguaje que, por su propia naturaleza, es tan cambiante como sus lectores. En primera y en última instancia, el eje que todo lo atravesó ha sido el problema de traducir “realidad” a “lengua”. Al pasar a un lenguaje compartido -habiendo dejado atrás, o por delante, la inaudible voz Divina-, éste pasa a tolerar las modificaciones propias de toda enunciación. Entrar al reino humano es acceder a lo falible, a lo imperfecto, a lo incompleto, a lo historizable y, por lo tanto, es dar inicio a la búsqueda de todo aquello de lo cual se carece. En una aproximación no del todo velada, al exaltar la capacidad del individuo, el ‘yo’ pone en escena la captación del otro, de ese otro que hace posible el acto de lenguaje y, en otro orden, de historia.

A pesar de múltiples apariencias, y de “nuestro pobre individualismo”,⁴ nada en la obra de Borges comienza y acaba en el yo: ni el

³ Me refiero tanto a libros como *Inquisiciones*, a los poemas que le dedicara a Rusia y a otras instancias que se pueden derivar de la lectura de los textos recopilados en *Jorge Luis Borges en ‘Sur’*, en *Borges: obras, reseñas y traducciones inéditas*, y en *Textos recuperados*.

⁴ “Nuestro pobre individualismo” parte con las perennes ilusiones del patriotismo antes de tratar las peculiares expresiones del nacionalismo argentino. Su composición data de 1946, fecha propicia para comprender la posición de Borges frente al peronismo y a la inmediata posguerra. Dice: “El mundo para el europeo, es un cosmos, en el que cada cual íntimamente corresponde a la función que ejerce; para el argentino, es un caos”. Más adelante concluye: “El más urgente de los problemas de nuestra época (ya denunciado con profética lucidez por el casi olvidado Spencer) es la gradual intrusión del Estado en los actos del individuo; en la lucha con ese mal, cuyos nombres son comunismo y nazismo, el individualismo argentino, acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontrará justificación y deberes”. Y termina con la siguiente reflexión: “El nacionalismo quiere embelesarnos con la visión de un Estado infinitamente molesto; esa utopía, una vez lograda en la tierra, tendría la virtud providencial de hacer que todos anhelaran, y finalmente construyeran, su antítesis” (*Otras inquisiciones*, OC 2: 37).

drama de quien comprende el compromiso que implica haber vislumbrado el aleph –experiencia que deberá ser trasladada a un lenguaje accesible a los hombres–; ni la inútil precisión lingüística de Funes, impedido del comercio dialógico; ni la ambición del soñador de “Las ruinas circulares” que desea imponer un hijo a la realidad y es devorado por la humillación de no-ser. Gran parte de su obra, además, cifra los límites del discurso histórico proponiendo alternativas al enunciado de los tiempos, a la vez que tensa los límites de todo discurso.

Mediante estrategias no del todo disímiles a las esgrimidas por la literatura, la historia es construida para otorgarle sentido a guerras y conflictos; también, para forjar una malla cohesiva que se llamará pueblo o nación. Esto se verifica en las lecturas que Borges hace de historias de la literatura, así como en referencias puntuales a los modos en los que la redacción de la historia responde a urgencias políticas. Si bien se ha vuelto un lugar común afirmar que Borges todo lo reduce a literatura y, aludiendo a sus propias expresiones, que aun lo exaltado por supuestos poderes divinos, en sus manos se transforma en ramas de la literatura fantástica, es importante subrayar lo posiblemente obvio: el juego no implica cinismo y mucho menos confusión por su parte. Podemos leer su obra como él lee literatura; es decir, “fuera de contexto” o “corrido de lugar”, como sugiere Ricardo Piglia, y quizá debamos hacerlo para descifrar y apreciar su encuadre, pero como veremos particularmente en textos relacionados con la Segunda Guerra Mundial, el nazismo y el fascismo, en los que me concentraré, no todo lo que ha escrito cabe bajo las normas que se transformaron en el signo de su “literatura”.⁵

⁵ En una entrevista realizada por Sergio Pastormerlo, dice Piglia refiriéndose a “la crítica borgesiana, lo que en muchos sentidos yo llamaría lo borgesiano mismo: la idea de que el encuadramiento, lo que podríamos llamar el marco, el contexto, las expectativas de lectura, constituyen el texto. (...) En Borges la ruptura del marco es un elemento básico de su propia ficción: Bioy Casares agujerea el marco y aparece en ‘Tlön’. Borges escribe textos que parecen enmarcados en lo autobiográfico pero están atravesados por elementos de ficcionalización. (...) Yo diría que la lectura de Borges consiste en leer todo fuera de contexto: leamos la filosofía como literatura fantástica... Ese movimiento de desplazamiento es la operación básica de la lectura de Borges y es el que produce ese efecto que llamamos lo borgesiano. Se podría decir que consiste en leer todo como literatura, pero también podríamos decir que consiste en leer todo corrido de lugar” (Piglia 25)

Me refiero, por ejemplo, a su nota sobre la depuración ideológica de una historia de la literatura alemana realizada durante el régimen nazi, que le permite deslindar, un tanto normativamente, acto político y responsabilidad cultural:

Me parece normal que los alemanes repudien el pacto de Versalles. (No hay un *buen europeo* que no abomine de ese rencoroso instrumento). Me parece normal que abominen de la república, que fue un arbitrio ocasional (y servil) para congraciarse con Wilson. Me parece normal que pongan su fervor en el hombre que les promete la vindicación de su honor. Me parece una insensatez que al honor quieran sacrificar su cultura, su pasado, su probidad, y que rencorosamente estudien de bárbaros.⁶

La transformación denunciada por estas líneas será más profunda, y más radicalmente expuesta, menos de dos años después en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”: una

historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre—ni siquiera que es falso. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar... (OC 1: 443)

La cita corresponde a una posdata de 1947; es decir, a siete años después de la publicación del texto, con lo cual se confirma el temor del sector democrático durante la ascendencia militar del nazismo. Pero para lo que ahora me ocupa es más importante señalar que dicha posdata comienza con la siguiente precisión:

Reproduzco el artículo anterior tal como apareció en la *Antología de la literatura fantástica*, 1940, sin otra escisión que algunas metáforas y que una especie de resumen burlón que ahora resulta frívolo. Han ocurrido tantas cosas desde entonces... (440)

⁶ “Una exposición afligente”, comentario a la revisión de la *Historia de la literatura alemana* de A. F. C. Vilmar que excluye a Heine, distorsiona a otros autores e incorpora panegíricos a los discursos de Hitler, a una vasta novela simbólica de Goebbels, y aclama a Alfred Rosenberg. *Sur*, VIII, 49 (oct. 1938), en *Borges en ‘Sur’* 156-157.

Esas “cosas” conciben con la sutil y cada vez más acelerada penetración de Tlön. En su vaticinio, Borges apela simultáneamente a la literatura y a la alteración hecha por la historia, ya no sólo del futuro, sino de un pasado cada vez más condicionado a las necesidades del Estado totalitario. Ante la creación de una nueva historia universal de la infamia, que exige el sometimiento del individuo al dictamen de una sola versión de la realidad, el refugiado anuncia: “Yo no hago caso, yo sigo revisando en los quietos días del hotel de Adrogué una indecisa traducción quevediana (que no pienso dar a la imprenta) del *Urn Burial* de Browne” (443).

Se trata de un acto de resistencia “metafísica”: la traducción se hace entre idiomas que pronto perecerán; además, ese ejercicio en sí carece de un fin material pues jamás llegará a ser impreso y, por lo tanto, el diálogo propio de toda literatura jamás se realizará. Es el retorno a los comienzos que llevaron al descubrimiento de Tlön: se ha pasado de especular sobre una novela para muy pocos lectores, a una actitud similar a la de Tzinacán en “La escritura del dios”: se afirma la integridad del yo como valor superior o, tan siquiera, como resistencia a imposiciones ajenas.⁷

Reducir el mundo al tamaño de un cuerpo, de una voluntad, de perdurar en lo que se es, no constituye una claudicación. Puestos los textos a dialogar, señala “La supersticiosa ética del lector”, de 1930: “la literatura es un arte que sabe profetizar aquel tiempo en que habrá enmudecido, y encarnizarse con la propia virtud y enamorarse de la propia disolución y cortejar su fin” (OC 1: 205). Más que abandono y renuncia, entonces, más que la entrega del universo a la voluntad de una secta de ajedrecistas, el acto literario –la interpretación de un poema no es sino practicar el palimpsesto que es perpetua suma y corporización de las letras– apunta, asimismo, a la interpretación de la historia y, quizás, a esa fórmula apta para conjurar los males del fin.

⁷ La actitud de Tzinacán también puede ser leída como un gesto altruista. Al no pronunciar la fórmula que le permitiría regir un imperio mayor al gobernado por Moctezuma, su generosa renuncia no sólo salvaguarda su ser sino que, al reconocer el fin de su propia visión de mundo, permite la continuación de la historia. Desarrollé esta opción en “The God’s Script”.

Historia y literatura, deducimos, se relacionan en términos de diferentes grados de posesión de las múltiples realidades que enuncian. Materia histórica es no sólo la enumeración, sino también la interpretación de los hechos. Por otra parte, como lo reflejan las crónicas de todo patriotismo y de aplicados nacionalismos, el dato objetivo, fácilmente condicionado a las necesidades del cronista y de sus intereses de época, requiere el agregado de una dimensión cuyo uso suele ser ajeno a la escritura ortodoxa de la historia: la razón de la ética.⁸ Y precisamente cuando ésta choca con la voluntad del poder, la ética suele ser marginada o desaparecida, o adquiere una definición propia de necesidades inmediatas, o se repliega sobre la voluntad del individuo. El conflicto recrudece cuando diferentes versiones de la historia, de la justicia y de la ética como voluntad de Estado, compiten por la posesión del territorio y de la geografía humana. Es bajo esas condiciones que se dirimen las categorías del Bien y del Mal, y se entra al más poroso terreno de la ideologización.⁹

⁸ En una mesurada semblanza de Oswald Spengler (*El Hogar*, 25 de diciembre de 1936), dice Borges: "Schopenhauer ha escrito: 'No hay una ciencia general de la historia; la historia es el relato insignificante del interminable, pesado y deshilvanado sueño de la humanidad'. / Spengler, en su libro [*La decadencia de Occidente*, Viena, 1918], se propuso demostrar que la historia podía ser algo más que una mera y chismosa enumeración de hechos particulares. Quiso determinar sus leyes, echar las bases de una morfología de las culturas. Sus varoniles páginas, redactadas en el tiempo que va de 1912 a 1917, no se contaminaron nunca del odio peculiar de esos años". La nota concluye con un dictamen que exalta la elegancia de la letra por encima de los viciados argumentos de Spengler y de su uso en la Alemania hitleriana: "Su concepto biológico de la historia se podrá discutir; no su espléndido estilo" (OC 4: 238).

⁹ Habiendo tratado la historia como fabricación en su análisis de *Evaristo Carriego*, al analizar "Tema del traidor y del héroe", Enrique Pezzoni dijo: "La historia por un lado como documento, contrapuesta a la historia como trama, como urdimbre, como fabricación, es decir, como ficción; es decir, como literatura. Supeditación de la historia a la literatura, en definitiva, entendiendo la literatura como movilizadora de sentidos posibles: la ventaja de la literatura sobre la historia es que la literatura moviliza sentidos, interpreta sentidos, desecha estas interpretaciones por otros tipos posibles de interpretaciones; neo-aristotélicamente, el narrador podría decir: la literatura es más filosófica que la historia, puesto que propone sentidos aunque sea para establecer series provisionarias, series intercambiables, series sucesivas, en el sentido de que unas se reemplazan a otras. (...) no hay documento que no sea urdimbre y fabricación. Es una manera de visualizar un conflicto ideológico: la imposibilidad de todo documento fidedigno, en definitiva" (58).

Esta compleja trama subyace a la construcción de Borges e informa el diálogo constante que mantuvo con las letras y con las armas, con su práctica y su añoranza. Mientras la literatura conjeturaba su propia coherencia, en otro nivel se dirimía la confiabilidad en los textos de la historia. El culto al coraje, la constante evocación de muertes heroicas, la violencia de los hombres y de los instrumentos que usaron (y los usaron) para imponer el rasgo de la muerte, alternan, en ese corpus hoy ya completo, con la mirada fascinada por los límites de esa imaginación que incluye el amplio (y creciente) repertorio que identificamos con el nombre Borges. Entre diversos motivos que (me) atraen de esa firma está precisamente esa “y” que conjuga mundos no siempre disímiles –en la letra, recordemos, se dirime la memoria de las armas– y que me permiten rescatar y comprender alguna primera causa de su constante fascinación.

Volvemos inevitablemente al eje vertebral de la literatura argentina y de numerosas historias (o a una misma historia) no circunscriptas a un solo territorio nacional. Me refiero a “civilización y barbarie”, al ineludible interés que Borges tuvo en Sarmiento, en la literatura gauchesca, en las transformaciones de la Argentina a raíz de su política migratoria, en la amenaza a la cultura occidental durante el régimen nazi, en los derivados criollos del fascismo. Las referencias y alusiones a todas estas marcas reaparecen, aunque no siempre de modo explícito, a lo largo de su obra.

Al margen de la discusión acerca de si es historia o literatura, el hecho que *Facundo. Civilización y barbarie* (1845) siga oscilando entre ambas opciones, resulta propicio para confirmar la relación dialógica de una disyuntiva que se prolonga en matices y variantes de sus argumentos y ejemplos. El debate en torno a medios y fines no ha sido ajeno a los argumentos de Borges; tampoco la relativización de héroes contaminados de traición y cobardía. “Tema del traidor y del héroe” anticipa desde su mismo título –y mediante el epígrafe de Yeats– la persistencia de los arquetipos: las muertes del Julio César de Shakespeare y del Kilpatrick de Borges, que prefigura el asesinato de Lincoln, no son esencialmente diferentes y sirven, todas, para que alguna verdad se cifre en un texto que servirá (o no) a los intereses de una causa. “Tres versiones de Judas” indaga un misterio literario –

prescinde del teológico– al anhelar la coherencia textual de un hecho fundamental en la historia.

“El jardín de senderos que se bifurcan” demuestra cómo la respetable *Historia de la Guerra Europea* de Liddell Hart sólo da cuenta de la macrohistoria.¹⁰ Para ésta es suficiente consignar que la demora de una ofensiva británica no fue significativa; para la literatura, para quienes urden otros sentidos de esa trama visible, importa más la dimensión individual que le restituye al individuo la pertenencia a su tradición y convoca a la danza de una cacería entre un capitán irlandés al servicio de Inglaterra que persigue a un espía chino no menos desdeñado por sus jefes germanos. Para el sistema de Borges, sin embargo, el drama desarrollado entre el capitán Richard Madden, Yu Tsun y el sinólogo Stephen Albert, no es desdeñable. Para ubicar la magnitud del zahir, recuerda:

Dijo Tennyson que si pudiéramos comprender una sola flor sabríamos quiénes somos y qué es el mundo. Tal vez quiso decir que no hay hecho, por humilde que sea, que no implique la historia universal y su infinita concatenación de efectos y causas. Tal vez quiso decir que el mundo visible se da entero en cada representación, de igual manera que la voluntad, según Schopenhauer, se da entera en cada sujeto. Los cabalistas entendieron que el hombre es un microcosmo, un simbólico espejo del universo; todo, según Tennyson lo sería. Todo, hasta el intolerable Zahir. (OC 1: 594-594)

El argumento de Borges implica que nada es gratuito, que todo (también la manifestación del mal y de la barbarie) tiene sentido en la vasta economía del universo, pero que no a todo mortal le es otorgado el acceso al secreto.

Este razonamiento, aplicado al mundo, es el que Borges vindica para los ejercicios hermenéuticos de los cabalistas: del Texto divino, entonces, a todo lo que habita el universo, pues nada que proviene de

¹⁰ Remitirse a esta obra de Liddell Hart no fue casual. En la reseña a su *Europe in Arms* (El Hogar, 30 de abril de 1937) Borges indica que, junto al *Diccionario de filosofía* de Mauthner y *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, fue de las obras que más frecuentó (OC 4: 284).

un Dios absoluto es casual o superfluo.¹¹ Dos cuentos ubicados en contextos geográficos, históricos y culturales diferentes, se basan en tradiciones análogas cuyos postulados afirman, como acto de fe, que sus respectivos dioses pueden otorgar dones para justificar el sentido de su propia existencia y el de su creación. En el caso del ya recordado “La escritura del dios”, el eje se da a través de un sacerdote sometido por las fuerzas de Pedro de Alvarado. Este relato es el único que Borges sitúa en el período de la conquista y en la (apropiadamente) innominada Guatemala;¹² pero se integra a una extensa nómina de textos en los cuales presenta la violencia de la conquista en su propio territorio y al que en una época posterior a la del mago Tzinacán pertenece “Historia del guerrero y de la cautiva” (*El Aleph*). Esta es, precisamente, la zona donde se dirimen los destinos más próximos a Borges, tanto en lo literario como en lo histórico y lo cotidiano.

No creo necesario abundar en los orígenes cosmopolitas de Borges, en su privilegiada educación, en sus residencias europeas, ni en los inicios vanguardistas para señalar que las líneas están tendidas entre Argentina y Europa; entre lo que a ambas orillas del Atlántico se vivió como civilización y barbarie. Fiel a la tesis expuesta en “El escritor argentino y la tradición”, adoptó la tradición occidental, el universo, como patrimonio.¹³ También adoptó, como no podía ser de otro modo, la historia argentina de próceres, mártires y malevos desde Narci-

¹¹ “Una vindicación de la Cábala”, *Discusión* (OC 1: 209-12). El interés no se limita a ejemplos teológicos, como lo reflejan en el mismo libro “Una vindicación del falso Basílides” y “Vindicación de ‘Bouvard et Pécuchet’”.

¹² En su ya citado libro, Balderston ofrece una drástica historización de fuentes y hábitos para este relato siguiendo un modelo similar --minuciosa documentación histórica y maniobras acotadas para sus escenarios posibles-- para cada uno de los cuentos escogidos. En este caso, obviamente, el énfasis está dado a través del *Popol Vuh* y fuentes coloniales (113-30).

¹³ “Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental”. (“El escritor argentino y la tradición”, *Discusión*, OC 1: 272). Luego de comparar la situación de los argentinos con los judíos en la cultura occidental y con los irlandeses en la inglesa, dice: “Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, estamos en una situación análoga: podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas” (273).

so Laprida y Facundo Quiroga a Hormiga Negra y Juan Muraña; la crónica de una nación y los mitos orilleros de una versión alternativa.

Pasado y presente convergen en sus textos y cada lectura está ligada a circunstancias puntuales. En uno de los prólogos que le dedicara a obras de Sarmiento, dice:

El decurso del tiempo cambia los libros; *Recuerdos de provincia* [1850], releído y revisado en los términos de 1943, no es ciertamente el libro que yo recorrí hace veinte años. El insípido mundo, en esa fecha, parecía irreversiblemente alejado de toda violencia (...) Tan manso, tan irreparablemente pacífico nos parecía el mundo, que jugábamos con feroces anécdotas y deplorábamos 'el tiempo de lobos, tiempo de espadas' (*Edda Mayor*, I, 37) que habían merecido otras generaciones más venturosas. *Recuerdos de provincia*, entonces, era el documento de un pasado irrecuperable y, por lo mismo, grato, ya que nadie soñaba que sus rigores pudieran regresar y alcanzarnos. (...) La peligrosa realidad que describe Sarmiento era, entonces, lejana e inconcebible; ahora es contemporánea. (Corroboran mi aserto los telegramas europeos y asiáticos.) La sola diferencia es que la barbarie, antes impremeditada, instintiva, ahora es aplicada y consciente, y dispone de medios más coercitivos que la lanza montonera de Quiroga o los filos mellados de la mazorca.¹⁴

La cita es significativa por varias razones: por como compara la época de sus tempranos años 20 con el período fascista que caracterizaba a la Argentina de comienzos de los 40; más aún, por el modo en que aún la expresión de la barbarie entre siglos y continentes y deplora su 'perfeccionamiento'. La Segunda Guerra Mundial ocupó a Borges tanto por su propia ideología –transparente en varios de sus textos de época y singularmente tenaz en "Deutsches Requiem"– co-

¹⁴ La edición prologada por Borges fue publicada en Buenos Aires, Emecé, 1944. Cito por OC 4: 121. Una posdata de 1974 dice: "Sarmiento sigue formulando la alternativa: civilización o barbarie. Ya se sabe la elección de los argentinos. Si en lugar de canonizar el *Martín Fierro*, hubiéramos canonizado el *Facundo*, otra sería nuestra historia y mejor". Así termina el prólogo a la edición de *Facundo* publicada por El Ateneo en 1974; el prólogo aparece en las pp. 125-29 de este volumen. Las palabras finales de Borges, escritas durante el gobierno peronista, subrayan una vez más: "el decurso del tiempo cambia los libros...".

mo por su participación en *Sur*¹⁵ y su vínculo con intelectuales demócratas.

Además de la afligente situación cultural de Alemania citada anteriormente, en “1941” Borges se muestra desconcertado frente a una barbarie tantas veces condenada por la literatura y mantiene un doble discurso que enuncia “Europa” mientras también piensa “Argentina”.¹⁶ Del convulsionado teatro de operaciones europeo y asiático le ofenden lo irracional, el racismo, la discriminación, la violencia, el nacionalismo, la imposición del Estado como único orden y el sometimiento de toda expresión individual a los requerimientos del Poder.¹⁷ Borges hallaba insultante todo lo que atentaba contra la razón y contra la estética—dimensiones que a lo largo de la historia occidental también fraguó Alemania y que bajo el régimen hitleriano se veía sometida a la circulación de obras como el didáctico *Trau keinem Jud bei seinem Eid*, de Elvira Bauer, “cuyo propósito es iniciar a los niños y niñas de las escuelas en los deberes y deleites inagotables del antisemitismo”.¹⁸

Las notas escritas por Borges durante los años de la Guerra, registran un notorio cambio de tono. A medida que Hitler avanzaba sobre Europa, sus notas y reseñas bibliográficas se volvieron menos complacientes, como lo demuestra el ensayo de 1940, “Definición del germanófilo” (OC 4: 441-43). Allí se refiere a la ignorancia de “lo in-

¹⁵ El estudio más completo hasta la fecha le pertenece a John King, ‘*Sur*’. *Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*.

¹⁶ Para enunciar lo imposible, Borges escribe: “Es infantil impacientarse; la misericordia de Hitler es ecuménica; en breve (si no lo *estorban* los vendepatrias y los judíos) gozaremos de todos los beneficios de la tortura, de la sodomía, del estupro y de las ejecuciones en masa”. Frente a los que creen que esa realidad nunca alcanzará a la Argentina, contesta: “siempre las colonias distan de la metrópoli; el Congo Belga no es lindero de Bélgica”. *Sur* 87 (diciembre 1941), 21-2.

¹⁷ En la reseña de *An Encyclopaedia of Pacifism*, de Aldous Huxley, Borges admira la imparcialidad del autor que condena por igual al fascismo y al socialismo soviético y porque exalta el esfuerzo necesario para vencer al mal con el bien. “Como a Benda o a Shaw, el crimen de la guerra le indigna menos que la insensatez de la guerra, que la compleja imbecilidad de la guerra. Sus razonamientos son de tipo intelectual, no de tipo patético”. Publicado en *El Hogar*, el 3 de setiembre de 1937 (OC 4: 312). Es útil contrastarlo con la lectura de *Der totale Krieg*, de Erich Ludendorff, publicado en *El Hogar* el 21 de enero de 1938 (OC 4: 337-38).

¹⁸ Publicado en *El Hogar*, el 28 de mayo de 1937 (OC 4: 290).

destruible alemán” -es decir, de su literatura y filosofía- y a la pervisión mayor implicada en la conducta de un país que ha adoptado la doctrina del fin que justifica los medios. Para Borges es imposible argüir con un germanófilo pues exige entrar a una zona irracional en que comulgan los panegíricos a Hitler con el deseo de vengar las condiciones del tratado de Versalles. La ética que condena la violencia indiscriminada es, para el germanófilo, razón suficiente para idolatrar a Hitler. Como lo previera Otto Dietrich zur Linde en “Deutsches Requiem”,¹⁹ su país ha inaugurado una era de la violencia que también difiere de las anteriores -así como de sus expresiones criollas- por las adhesiones que convoca.

En un giro que incorporaba a nacionalistas locales, simpatizantes del Eje, Borges considera que para el germanófilo importa más la destrucción del otro que la victoria germánica. Y señala una diferencia fundamental con respecto a la violencia:

Los apologistas de Artigas, de Ramírez, de Quiroga, de Rosas o de Urquiza disculpan o mitigan sus crímenes; el defensor de Hitler deriva de ellos un deleite especial. El hitlerista, siempre, es un rencoroso, un adorador secreto, y a veces público de la ‘viveza’ forajida y de la crueldad. Es, por penuria imaginativa, un hombre que postula que el porvenir no puede diferir del presente, y que Alemania, victoriosa hasta ahora, no puede empezar a perder (...).

El texto cierra con una frase que historiza el conflicto a la vez que subraya la pobreza moral y racional de los germanófilos: “No es imposible que Adolf Hitler tenga alguna justificación; sé que los germanófilos no la tienen” (OC 4: 443).²⁰

¹⁹ “Hitler creyó luchar por *un* país pero luchó por todos, aun por aquellos que agredió y detestó. No importa que su yo lo ignorara; lo sabían su sangre, su voluntad. El mundo se moría de judaísmo y de esa enfermedad del judaísmo, que es la fe de Jesús; nosotros le enseñamos la violencia y la fe de la espada”. Publicado originalmente en *Sur* 136 (febrero 1946), e incluido en *El Aleph* (OC 1: 580).

²⁰ Una breve reseña de *Flowering Rifle*, de Roy Campbell, y de *Die sieben Lasten*, de Johannes Becher, le permiten a Borges constatar la pobreza poética que puede generar la adhesión a los regímenes totalitarios. Dice que a juzgar por estos dos libros, “ni el comunismo ni el nazismo han encontrado su Walt Whitman. La primera omisión es más previsible que la segunda, ya que el materialismo dialéctico y la interpretación económica de la historia no parecen eminentemente versificables... El nazismo, en cambio, se

La preocupación por el destino de Europa fue constante y respondió, en gran medida, tanto a razones históricas y políticas que se volcaban sobre manifestaciones locales, como al hecho de que de allí provenía la gran fuente cultural de la intelectualidad argentina a la cual se había dirigido desde fines del siglo XVIII para forjar sus propios mitos fundacionales. Como hemos visto, son numerosos los textos de Borges que se centran en el impacto de la Segunda Guerra Mundial y, más aún, en su sentido filosófico-moral y cultural. Por ello, la liberación de París motivó su necesaria "Anotación al 23 de agosto de 1944", comprensiblemente más esperanzada, aventurada y categórica en cuanto a lo que para él ha significado la cultura de Occidente como único orden posible. Fiel a su propio culto de la razón, a su interés en las manifestaciones de la infamia, al diálogo Europa-Argentina que sostuvo a lo largo de sus precisiones, y que fácilmente extendió a otras latitudes, Borges entendió el nazismo como un fenómeno histórico y, a la vez, como la metaforización de toda barbarie:

Ser nazi (jugar a la barbarie enérgica, jugar a ser un vikingo, un tártaro, un conquistador del siglo XVI, un piel roja) es, a la larga, una imposibilidad mental y moral. El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erigena. Es inhabitable: los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad central de su yo, puede anhelar que triunfe. Arriesgo esta conjetura: *Hitler quiere ser derrotado*. Hitler de un modo ciego, colabora con los inevitables ejércitos que lo aniquilarán, como los buitres de metal y el dragón (que no debieron de ignorar que eran monstruos) colaboraban, misteriosamente, con Hércules.²¹

Para cancelar cualquier duda y refutar lecturas fallidas, en el epílogo de *El Aleph*, fechado el 3 de mayo de 1949, Borges escribió:

precia de impulsivo y de ilógico, y es raro que no haya descubierto aún su poeta". "Dos poetas políticos", del 21 de abril de 1939 (OC 4: 427).

²¹ Apareció primero en *Sur*, 120 (octubre 1944), pp. 24-6, junto a sendos textos de Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada sobre la liberación de Francia. Incluido en *Otras inquisiciones* (OC 2: 106).

En la última guerra nadie pudo anhelar más que yo que fuera derrotada Alemania; nadie pudo sentir más que yo lo trágico del destino alemán; *Deutsches Requiem* quiere entender ese destino, que no supieron llorar, ni siquiera sospechar, nuestros 'germanófilos', que nada saben de Alemania. (OC 1: 629)

Al haber insistido en textos anclados en la historia que le fue contemporánea y en conocimientos heredados, he querido significar que Borges no sólo no se mantuvo al margen de ella, sino que, al contrario, la interrogó y, dependiendo del momento y de las variantes genéricas que le cupo innovar, incorporó instancias históricas a una lectura literaria. Evidentemente, como vimos por ejemplo en "El jardín de senderos que se bifurcan", no le corresponde a la literatura circunscribirse a la inequívoca (y más pobre) precisión con la cual supuestamente opera el historiador. En algunos de los tiempos construidos por Ts'ui Pen confluyen la importancia de un dato que, al parecer, es inconsecuente con la capacidad de integrarse, gracias a él, a otra tradición y a otra lectura de lo que también se entiende como historia.

Con fines diferentes, apelando al conocimiento puntual o al ejercicio de otros artificios que definen al ser humano, ambas, historia y literatura, apuntan a la construcción de la memoria. La memoria es historia tamizada de deseo, de mitos y de ambiciones individuales y comunitarias. De la historia rescatamos (o inventamos, como lo hizo la secta de ajedrecistas responsable por el devenir de Tlön) restos y fragmentos para hilar nuevas versiones que responden a necesidades nacionales y, cada vez más, a requerimientos globales.

En su momento escribió Pierre Menard, como lo hiciera Cervantes en el suyo: "...la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir" (OC 1: 449). Y Borges interpreta la versión de Menard:

La historia, madre de la verdad; la idea es asombrosa. Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió, es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales—ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir—son descaradamente pragmáticas. (449)

Apunto al margen: quizá lo fueran en otro momento pero no en el 'Nimes, 1939', que rubrica el texto.

Cuando Borges le atribuye a Pierre Menard el haber "enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y las atribuciones erróneas" (450), relativiza la capacidad del conocimiento absoluto, de una sola verdad, y simultáneamente exalta la creatividad de todo lector en toda instancia y bajo toda condición histórica. La lectura pasa a ser hija de nuestras entonaciones; el texto, provisoria versión de una verdad literaria.

Historia-literatura-verdad rotan en torno a las variables tolerables que todo individuo logra adjudicarles. En el universo donde prima el individuo por sobre las reglas de un Estado rector y absorbente, todo es hijo de la imaginación y responde al derecho y a la voluntad de cada ser. Si por un lado ello sugiere una libertad de visos anárquicos, por otro subraya la responsabilidad ética ante la humanidad y el hecho de que la Nación debe estar al servicio del ciudadano y no que éste sea supeditado a los intereses políticos del Estado.

En Borges, historia y literatura también vertebran la identidad. Venerar el pasado ilustre legado por lazos familiares y textos escolares es adoptar una versión precisa de la identidad nacional. La historia, entonces, al igual que la literatura, se desempeña como medio para crear en un plano acotado la exaltación de otros individuos, de sagas reales o gestas imaginarias, hechos materia de historia y marca de futuro. Que Borges haya interrogado cada una de esas posibilidades no cancela adhesiones, ni amores a las patrias que tanto ha cantado y criticado, ni una profesión de fe en la dudosa pero esperanzada perfectibilidad del hombre. Que de la construcción de escenarios que, racional o éticamente, debieron ser imposibles, haya surgido la capacidad de desplazar todo enunciado para obtener versiones alternativas de la historia, indica un logro singular de Borges: la armonización de los artificios en literatura.

Saúl Sosnowski
University of Maryland, College Park

OBRAS CITADAS

- Balderston, Daniel. *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1996.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. 4 vols. Barcelona: Emecé, 1989-1996.
- Borges, Jorge Luis. *Textos recobrados, 1919-1929*. Buenos Aires: Emecé, 1997.
- Borges: obras, reseñas y traducciones inéditas. *Colaboraciones de Jorge Luis Borges en la 'Revista Multicolor de los Sábados' del diario 'Crítica', 1933-1934*. Ed. Irma Zangara. Buenos Aires: Atlántida, 1999).
- Enrique Pezzoni, lector de Borges. *Lecciones de literatura 1984-1988*, Comp. Annick Louis. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Jorge Luis Borges en 'Sur', 1931-1980. Ed. Sara Luisa del Carril y Mercedes Rubio de Socchi. Buenos Aires: Emecé, 1999.
- King, John. 'Sur'. *Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*, México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Lafforgue, Martín, comp. *AntiBorges*. Buenos Aires: Javier Vergara, 1999.
- Louis, Annick. "Borges y el nazismo". *Variaciones Borges*, 4 (1997).
- Piglia, Ricardo. "Los usos de Borges". *Variaciones Borges*, 3 (1997).
- Pimentel Pinto, Julio. *Uma memória do mundo. Ficção, memória e história em Jorge Luis Borges*. São Paulo: Estação Liberdade, 1998.
- Sosnowski, Saúl, Leonardo Senkman, Fernando Degiovanni "El impacto del aflujo de nazis y colaboracionistas en las letras y otras expresiones culturales argentinas", presentado a la Comisión de Esclarecimiento de Actividades Nazis en Argentina (CEANA), 1999 (de próxima publicación).
- Sosnowski, Saúl. "'The God's Script' -A Kabbalistic Quest", *Modern Fiction Studies* XIX: 3 (1973).
- Sosnowski, Saúl. "'Tlön, Uqbar, Orbis Tertius': Historia y desplazamientos". *Eco* 203 (1978).